

CHILE

[Marco Antonio de la Parra]

SU TEATRO AL 2000

O LAS CUENTAS SIGUEN PENDIENTES

No sabemos qué fue primero. Si la detención de Pinochet, la crisis asiática o el frenado, siempre frenado pero no detenido, proceso de transición a la democracia. Lo cierto es que en Chile la contaminación no sólo es la densa nube gris sobre el cielo de Santiago, sino cierta dificultad básica para orientarse en un mapa enrevesado de señales sociales en que tampoco se alcanza a distinguir si intentan confundir al extranjero o a los propios chilenos, mientras efectivamente hay nuevas tendencias, fuertes modificaciones y una liberalización de costumbres, lamentablemente, muy ligada a la entrada invencible del modelo norteamericano de vida, es decir, de la televisión.

El neoliberalismo al galope, en versión corregida y aumentada, con todos los pactos imaginables, ha colocado al teatro en una situación extraña. Es del todo imposible vivir de la profesión (algo que se ha conseguido casi en todo el mundo) y los aportes estatales son insuficientes para contener las demandas de un país donde crece el número de artistas y disminuye el de espectadores. Los actores más connotados consiguen buenos ingresos en productos de consumo popular en la televisión donde también la crisis económica, lenta pero segura y tenaz, ha restado puestos de trabajo.

El público se ha movido caprichosamente en los años de la crisis privilegiando, en curiosa pero sintomática alianza

con cierta crítica, espectáculos descafeinados, de un teatro más conectado con el humor, la liviandad y lo desenfadadamente comercial donde se ha conseguido un fenómeno particular: el número de espectadores aumenta en el año 2000 pero en el mundo del teatro comercial, a pesar de una cierta multiplicación de nuevos espectáculos del circuito alternativo.

Centros otrora importantes para el aporte de una profundización en la dramaturgia universal eligen el repertorio comercial internacional, como el caso de ART en la Universidad Católica de Chile, encabezando el reparto con estrellas absolutas de la televisión. La Universidad de Chile, desde hace algunos años, decide privilegiar a los escritores chilenos, y permite puestas dignas y respaldadas para los nombres más prestigiados dentro del medio. El teatro independiente persiste en defender algunos grupos de calidad indiscutible como el cerrado cerco de La Troppa, aislados en un nuevo trabajo tras el magnífico desempeño de *Gemelos*, aplaudido en todo el mundo. Es el mismo caso de Andrés Pérez, para muchos entre los mejores directores teatrales que ha conocido el país (si no el mejor), quién consigue mantener un repertorio estable conectando una alta calidad con un sentido del espectáculo abriéndose un enorme abanico de públicos. Pasea así su versión delirante de *Madame de Sade* por el mundo mientras trabaja *El cuerpo de Chile* para la temporada 2001.

El territorio donde es más clara e interesante una tensión creativa sigue siendo la zona cercada por los directores y los nuevos autores. La "Muestra Nacional de Dramaturgia", convocada por el gobierno hasta 1999, ha quedado entre paréntesis, tras entregar una cantidad de nombres nuevos a la escena nacional, en los que se reconocen las influencias de los cambios de la escritura teatral en occidente. Desde más atrás siguen estrenando autores de vasta trayectoria, como Egon Wolff, actualmente en cartelera con lo que es ya un clásico, *Flores de papel*, bajo la dirección de Raúl Osorio, así como Juan Radrigán, rescatado por los directores afincados en la Universidad de Chile, ya sea Alfredo Castro o Rodrigo Pérez, o Ramón Griffero, también importante dramaturgo, que repone a todo pasto su legendaria *Cinema Utopia*; alguna vez espectáculo marginal y subversivo en los años ochenta y hoy éxito rotundo de taquilla.

De los autores nuevos la figura más consolidada e interesante es Benjamín Galemiri, de prolífica producción, trezada durante la década de los 90 al grupo El Bufón Negro, dirigido por Alejandro Goic, que ha avanzado de la zona alternativa a un sitio muy particular dentro del ambiente teatral. Sardónico, irreverente, políticamente del todo incorrecto, cargado de referencias sefardíes, filosofía, pop, cinefilia, con un humor despiadado y ninguna concesión ni al público ni a los artistas, es hoy estrenado como un clásico. *El Coordinador*; hace años una sorpresa, hoy es una pieza de joyería de la cartelera santiaguina. Sus obras más complejas, *El tratado de los afectos* o *Edipo asesor*, esperan estrenarse el próximo año. Sin duda, fue uno de los grandes beneficiados de los años estables de la "Muestra Nacional de Dramaturgia".

Entre otros nombres nuevos, surge la obra cada vez más contundente de Juan Claudio Burgos, deudor confeso del García Lorca de *El Público*, con una propuesta de alto vuelo lírico. Ya tiene varias puestas a su haber y ha obtenido premios y becas a nivel nacional. Tras él los nombres se multiplican. Es indiscutible el talento de gente como Benito Escobar, Alejandro Moreno, Lucía de la Maza, Marcelo Sánchez, Francisca Bernardi, Ana María Harcha y otros, quienes realizan su trabajo

a veces dispersos o reagrupándose temporalmente haciendo sentir su presencia en el medio teatral. Se espera la reaparición de algunas voces de gran talento como Inés Margarita Stranger o Pablo Álvarez, actualmente en silencio.

Un territorio actual de notable fertilidad es el "Festival de Pequeño Formato", realizado durante el mes de enero en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Chile. Convoca autores, directores y actores jóvenes en un festival de puestas a partir de una selección dramaturgica de obras breves. Esto se suma a la gran actividad teatral de verano en Chile, favorecida por el clima que permite defenderse mejor de la dificultad de encontrar suficientes espacios preparados para las muchas propuestas que se van configurando.

La actividad descrita, como en muchos otros países latinoamericanos, se tiende a centralizar en Santiago, la capital, y en Valparaíso, existiendo una deuda enorme con la provincia donde existe una escasa difusión y no se puede hablar de temporadas estables a no ser por la excepción del Teatro Pedro de la Barra de Antofagasta, con 36 años ininterrumpidos de actividad y los "Temporales Teatrales de Puerto Montt", realizados en lo más crudo del invierno, con invitados internacionales que, en ocasiones, ni siquiera estrenan en Santiago.

Justamente, el citado grupo de Antofagasta, ha sabido rescatar de la obra novelística de Hernán Rivera Letelier, material para varias de sus obras, las cuales también han sido llevadas a escena en Santiago, a cargo de otro director dramaturgo de gran experiencia, Gustavo Meza. Director de un Teatro-Escuela, su trabajo apunta a recoger los aspectos más desdeñados por la imagen del Chile actual, contaminado de modernidad acelerada, publicidad y sobreexplotación de los medios de masas.

Las escuelas de teatro aumentan en Santiago de manera preocupante. Pero aún no se da el salto a la posibilidad de una auténtica relación del país consigo mismo. Durante la crisis esto se ha agudizado por falta de recursos, escaso apoyo del sector privado y un espectador adolorido, que parece preferir los géneros teatrales de más fácil lectura.

Pero se sigue trabajando. Y mucho. ■

Las escuelas de teatro aumentan en Santiago de manera preocupante.

Pero aún no se da el salto a la posibilidad de una auténtica relación del país consigo mismo.
